

31 de diciembre de 2019

El último mes del año calendario evoca emociones de un modo mucho mayor a los restantes meses. Tiene el hálito misterioso que conllevan los finales y los inicios. Con significaciones opuestas que le otorgan los solsticios de invierno y de verano; en el norte del planeta diciembre señala la presencia de la noche más larga, representación del invierno. Frío. Tormentas. Nieve. Árboles despojados de follajes y jardines descoloridos, como pintados por un acuarelista pobre con escasos materiales. En el hemisferio sur todo lo opuesto. Verano, calor, estallido de la naturaleza sembrando luces multicolores: quietas como flores o móviles mariposas. Días largos que agotan de posibilidades la factibilidad de realizar innúmeras tareas cada día. Allá festejándose un nuevo inicio y el lento despertar del adormecimiento, acá una eclosión y término. Al el norte inicio de algo. Al sur el final de todo.

No es extraño pensar, entonces, si alguna tuvo vigencia la teoría del determinismo geográfico¹, que las configuraciones de personalidad o los caracteres de las personas se adviertan diferentes. Tal vez hoy sea discuta, pero la influencia del medio ambiente en el carácter del hombre genera el deseo de jugar con la idea de esta presencia del todo en cada ser, esta interrelación de “hombre – medio” que de alguna manera conforta porque no nos hace extraños a la naturaleza sino que perfila una imagen donde “el mundo es nuestro hogar”, somos parte de un inmenso universo incomprensible pero afortunadamente muchas veces amable. (Son innumerables las ocasiones en que en el transcurso de nuestras vidas amamos aún sin comprender).

Surge el enigma de la arbitrariedad del calendario como de todas las palabras en todos los idiomas que designan, definen y califican, a la vez que configuran diferentes miradas del universo ético por los juicios que conllevan. Calendarios gregoriano, musulmán, hebreo, chino, hindú, maya, azteca, turco, etc. El mes de diciembre (para nuestras sociedades resulta efectivamente diferente a sus otro once hermanos). Promueve el establecimiento de propósitos para el tiempo por venir, después del consabido descanso del primero de enero donde intentamos recuperar fuerzas para reponernos de las celebraciones.

Y en este curioso diciembre del 2019, como en el resto de nuestras proyecciones se incluye una novedad. *“Si quieres conocer el porqué de la persona que eres en el presente, observa tu pasado. Si quieres saber la persona que serás, analiza tu presente”*, nos regala un antiguo proverbio. La novedad consiste en la acentuación de las transformaciones y cambios. Los nuevos calendarios en los hogares del mundo o los teléfonos celulares se han de cargar de una enorme e inexorable novedad. Algunas cognoscibles y otras decididamente inesperadas. Entre ellas la variación de la religiosidad en el mundo; la indetenible concentración económica; las alteraciones en la composición de las etnias

¹ Hippolyte Taine

nacionales; la pérdida de trabajo por incorporación de nuevas tecnologías; la incertidumbre sobre el destino de poblaciones enteras con escaso nivel de capacitación; las irreversibles consecuencias por el cambio climático; el impacto de las redes sociales virtuales en los vínculos personales; el incremento (¿insostenible?) de la población humana; las variaciones físicas de la temperatura planetaria; el incremento de los desechos en tierra y mar; la desaparición de especies (solamente la pérdida de las abejas constituye un verdadero cataclismo para la vegetación primero, y para el sostenimiento de la vida, -aproximadamente 5200 especies se encuentran en peligro de extinción-)².

La curiosidad de diciembre sobresale en ésta oportunidad al quitar la última hoja del almanaque por el interrogante de cómo serán los días subsiguientes ¿Será la culpa proyectada por la autoría del hecho destructivo de nuestra acción sobre el planeta que nos precipita una vocación tanática –en el sentido griego- al cataclismo del futuro? ¿O el hedonismo pertinaz que creció con el sistema de producción que pretende un “eres cuánto tienes” asociado a la alegría inconsciente de viajeros que navegan en un crucero sin descubrir que un rumbo en el casco de una nave ahoga a todos, sin importar status sociales o posición en el listado de riqueza de la revista Forbes. Porque la nave no se trata del Titanic. El océano no es el Atlántico. El océano es el Universo. La nave se llama Tierra. ¡Y no acudirán naves al rescate!



Eduardo Arpace Baleani

eduardobaleani@gmail.com

² Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza